Interno conocimiento de mi pecado

Dolor de mi pecado

La petición es ahora "pedir crecido e intenso dolor y lágrimas de mis pecados". Implica un cierto progreso de la "vergüenza y la confusión de mí mismo" al "dolor y lágrimas", sobre todo por estas últimas.

En cuanto al coloquio, pueda ser perdido, y "proponiendo enmienda con su gracia para adelante".

No nos hemos de olvidar de la misericordia en este "ejercicio"; sin ella, la consideración de los pecados personales y actuales sería "pagana", no cristiana."

Para llegar a la raíz de mi pecado

Para lograr el objetivo de esta meditación, indicado en la petición – "crecido e intenso dolor y lágrimas" (EE55, segundo preámbulo)- San Ignacio hace cuatro consideraciones.

EE57: "ponderar los pecados, mirando la fealdad y malicia de cada pecado mortal (tal vez capital, según EE 224-245).

EE58: "mirar quién soy yo, disminuyéndome por ejemplo: 1ª. Cuánto soy yo en comparación de todos los hombres. 2ª. Qué cosa son los hombres en comparación de todos los

ángeles y santos del paraíso. 3ª. Mirar qué cosa es todo lo creado (visible e invisible) en comparación con Dios: pues yo solo, ¿qué puedo ser?; 4ª. Mirar toda mi corrupción y fealdad corpórea. 5ª. Mirarme como una llaga y postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan torpísima".

EE 59: "considerar quién es Dios, contra quien he pecado, según sus atributos, comparándolos a sus contrarios en mí: su sapiencia a mi ignorancia, su omnipotencia a mi flaqueza, su justicia a mi iniquidad, su bondad a mi malicia".

EE 60: terminar con una "exclamación admirativa con crecido afecto, discurriendo por todas las criaturas, cómo me han dejado con vida y conservado en ella: los ángeles, cómo sean cuchillo de la justicia divina, cómo me han sufrido y guardado y rogado por mí; los cielos, sol, luna, estrellas y elementos, frutos, aves, peces, y animales; y la tierra cómo no se ha abierto para sorberme, creando nuevos infiernos para siempre penar en ellos".

Como dice Jeremías 17, 9-10, "el corazón es lo más retorcido, ¿quién lo conoce? Yo, Yahvé, exploro el corazón". Y el Salmo 139 (138), que comienza con la frase: "Señor, tú me escrutas y me conoces" (compárese la actitud confiada del salmista ante la mirada del Señor, con la de Job, que teme la mirada escrutadora de Dios, en Job 7, 17-20, con nota de BJ).

Sólo Dios puede revelar al hombre su pecado. Nos hallamos aquí ante una misteriosa paradoja: lo que tenemos de más "nuestro", el fruto de nuestra libertad, escapa a nuestro conocimiento: "quienquiera obra el mal, odia la luz, y no viene a la luz" (Jn 3,20). El pecado ciega y hace amar las tinieblas.

Sólo se conocen verdaderamente las faltas de las que uno se convierte. Pero ¿cómo convertirse si no se conocen las faltas? ¿Hay aquí un "círculo vicioso"? La única esperanza es que la gracia del Señor – que hay que pedir y pedir, sin cansarse- haga brillar un rato de la luz a través de la muralla de esta "cárcel" en la cual nos encierran nuestros pecados (EE47: "considerar mi ánima ser encerrada en este cuerpo corruptible, y todo el compuesto en este valle, como desterrado entre brutos animales: digo todo lo compuesto de ánima y cuerpo").

La primera señal de la proximidad de Dios es el entrar el hombre dentro de sí mismo. Más aún, es imposible distinguir el momento en que Dios entra dentro del hombre del momento en que el hombre entra dentro de sí: el descubrimiento religioso de la falta no es el preludio del reencuentro con Dios, sino su primer fruto. Desde el comienzo, es preciso que Dios esté allí y me hable.

Lo dijimos más arriba y lo volveremos a decir: en este ejercicio basta con conocer una falta –grave, leve o simple imperfección- para poder dolernos de ella, incluso hasta

las lágrimas. Porque no se trata de prepararnos para la confesión, sino de sentir “intenso dolor y lágrimas de mis pecados” (EE 55), aunque más no sea de uno sólo.

Es importante tener en cuenta que sólo Dios puede revelar el pecado a cada uno. Por eso tenemos como petición el pedir el "conocimiento interno de mis pecados", descubrir qué es lo que hay en lo más profundo de nuestro corazón, qué hay detrás de mis actitudes, de mis búsquedas, qué pueda experimentar el desorden de mis obras. Estas cosas que me hacen vivir la vida sin tener en cuenta la voluntad de Dios le llamamos afectos desordenados.

Estas meditaciones sobre el propio pecado tienen como fin poder entablar con el Señor un diálogo de misericordia. Éste es un momento importante dentro de los ejercicios, por eso San Ignacio recomienda que terminemos cada espacio de oración con un coloquio de misericordia en donde pida conocimiento de mis pecados, conocer cómo me quita libertad, y no me deja ser feliz… que sienta lo que tengo que cambiar para ordenar la vida.